

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 23.—BARCELONA 9 DE DICIEMBRE DE 1914



Jefe de coraceros de la Guardia Imperial alemana con uniforme de gala. (Dibujo de Brunet)

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Rumanía y Bulgaria.—II. La Guerra Santa

I.—Rumanía y Bulgaria

Se viene insistiendo estos días en la neutralidad, repetidamente afirmada por el Gobierno de Sófia, de Bulgaria. Sólo el hecho de mencionar una cosa que debiera ser indiscutible resulta sospechoso, porque a nadie se le ocurre hablar de lo que no se con-

sidera probable. Si recordamos que en los días que precedieron a la intervención de Turquía en la guerra, llegaban noticias de Londres y de Burdeos confirmando la neutralidad de aquel Imperio, precisamente cuando los preparativos militares habían llegado a su auge, y que se daba por descontada la guerra entre Italia y Austria cuando el Go-

Ayuntamiento de Madrid

bierno de Roma adoptaba una resolución altamente beneficiosa para sus aliados, no será difícil comprender que en el fondo de lo que se atribuye a Bulgaria ha de verse la probabilidad de que esta nación abandone su actitud pasiva. Así lo da a comprender también la circunstancia de las escaramuzas frecuentes entre los destacamentos búlgaros y griegos en la frontera común. Pero lo más significativo es el avance de los austriacos en territorio serbio, porque ello facilita los planes de expansión de los búlgaros a costa de su pequeño vecino, planes ya encomendados dos veces a la suerte de las armas, y ambos fracasados aunque en la primera campaña la derrota de Serbia fué inmediata y decisiva. Muy poco puede esperar Bulgaria por la parte de Turquía, porque a excepción de la provincia de Adrianópolis el resto sabe que le está vedado mientras haya una sola gran potencia en Europa. En cambio, se le presenta espléndido porvenir hacia el O., a expensas de Serbia, y no sería extraño que estuviera de acuerdo con Austria para poner fin al peligro eslavo, en los Balcanes, representado por un país tan turbulento como guerrero. Esperemos, pues, que nos lleguen nuevas sorpresas del lado de Bulgaria.

Si al principio de la guerra los aliados creían contar con el apoyo de Rumanía, cuyo auxilio esperaban de un momento a otro, después las esperanzas fueron desvaneciéndose y se concretaron en el deseo de que el reino no rompiera su neutralidad. En la prensa ha aparecido el relato de la entrevista entre el embajador de Rusia y el primer ministro de Bukarest, que aunque en modo alguno puede considerarse exacto, da sin embargo una idea de los sentimientos rumanos. Parece ser que el ministro ruso pidió a Rumanía que declarase la guerra a Austria, ofreciéndole como compensación y premio la Bukovina, pero el presidente rumano, sin responder claramente a esta demanda, preguntó a su interlocutor qué juicio tenía Rusia formado acerca de la anexión de la Besarabia (provincia rusa) a Rumanía. Sea o no cierta esta versión, en lo que no cabe duda es que Rusia no cuenta ya con Rumanía, y que los periódicos aliados omiten hablar de aquel reino. También por esta parte podría venir algo para muchos inesperado, pero muy natural y lógico, toda vez que la Besarabia está habitada en gran parte por rumanos y fué arrebatada por Rusia después de la guerra de 1878, y que el peligro para Rumanía no viene de Austria sino de Rusia. La tendencia de ésta a acercarse a Constantinopla ha de redundar siempre en menoscabo de Rumanía, y por lo tanto no ha de ser vista por ésta con buenos ojos. Interesa a Rumanía, lo mismo que a Bulgaria, que su poderoso vecino del N. sea arrojado hacia el N. y sobre Asia, para que la península de los Balcanes, en su porción oriental, no les sea disputada a aquellos dos países. Si ambos, deponiendo sus diferencias, consiguieran ponerse de acuerdo, no tardaría muchos días en aparecer un fuerte enemigo contra Rusia y Serbia. Cuando la situación en los campos de batalla esté un poco más despejada, definirán ambas naciones su actitud definitiva.

II.—La Guerra Santa

Casi en silencio se ha pasado la medida trascendental adoptada por el Sultán de declarar la guerra

santa a Inglaterra, Francia y Rusia. Tomada por la autoridad religiosa representada por el Scheik-ul-Islám, la guerra santa puede poner en un caso crítico a Inglaterra y Rusia. La declaración ha sido dada a conocer a los pueblos mahometanos de la India por los destacamentos y emisarios afganes enviados a aquel país. Pero como en la India hay varias razas y diferentes religiones, Inglaterra podrá encontrar tropas capaces de contener el alzamiento, si se produce, sin necesidad de acudir a las de la metrópoli; lo malo será que no podrá continuar trasladando a Europa refuerzos de la India. Por medio de la autoridad del Jefe de Egipto, que continúa en Constantinopla y se ha declarado abiertamente contra Inglaterra, la declaración de guerra santa ha sido llevada también a Egipto, país del que no llega ninguna noticia, pero que fundadamente se cree está en rebelión en varios puntos. Además, los turcos han tenido la previsión de extender la noticia a lo largo del camino que siguen los peregrinos de la Meca, y es de suponer que el fanatismo religioso, que llega a su más alto grado de intensidad en aquel lugar, producirá los efectos deseados por los turcos.

De todos modos, como los egipcios están desarmados y sin organización los demás pueblos mahometanos, la guerra que pueden promover no será muy temible por sí misma. Lo que la agrava es que ni los ingleses, ni los franceses, ni los rusos, se encuentran ahora en disposición de sofocarla pronto por la fuerza de las armas, pues bastante tienen que hacer con sus vecinos de Europa. Además, los alzamientos entre musulmanes tienen lugar siempre poco a poco, se van extendiendo lentamente como un reguero de pólvora, y la intensidad del daño tardará bastante tiempo en poderse apreciar.

Más que la revolución en sí misma, preocupa a los rusos e ingleses la ayuda que los pueblos musulmanes presten a los ejércitos turcos, porque en aquellos países tan despoblados y con tan pocos caminos, la actitud del pueblo desempeña un papel preponderante en la marcha y resultado de las operaciones militares. En particular, en la región de Egipto situada al otro lado del canal de Suez, de lo que hagan los habitantes depende que los turcos lleguen más o menos fácilmente al canal o que sean contenidos a larga distancia de él. Por ahora nada cabe predecir. Las noticias de procedencia inglesa, únicas que nos llegan, merecen poco crédito, y cuando comiencen a recibirse de Turquía tampoco habrá que creerlas, porque los turcos son exagerados como nadie para pintar las cosas del modo que más les conviene. Los hechos son los que en definitiva han de hablar. Lo más interesante es que las tropas turcas que operan en Palestina y Asia Menor cuentan en sus filas con gran número de oficiales alemanes, que de hecho son los que ejercen el mando, y los tales oficiales saben perfectamente cuáles son los objetivos que más pueden dañar al enemigo y conocen los medios de conseguirlos. De esta suerte, el alzamiento de los mahometanos, si efectivamente ha comenzado a estallar, no tendrá los caracteres descosidos e inocentes de las campañas en el Sudán egipcio ni de la guerra de Libia, sino que serán mejor conducidos y de efectos más virulentos. Si la hoguera se propaga a Argelia y Marruecos, la conmoción puede llegar a ser tremenda. Será curioso ver cómo Italia

es respetada en su posesión de la Tripolitania, y si en efecto se ve libre de las consecuencias de la guerra santa.

Es pertinente recordar que hace tres siglos no se había proclamado la guerra santa con carácter general, pese a los repetidos contratiempos padecidos en tan largo lapso de tiempo por el jefe del Islám.

F. LARÍN.

¿CUÁNDO ACABARÁ LA GUERRA POR FALTA DE COMBATIENTES?

Las estadísticas, generalmente fantásticas, que publican algunos periódicos extranjeros sobre las pérdidas sufridas por los beligerantes en lo que va de campaña, han dado motivo para que se extienda la creencia de que las potencias de la Europa central tendrán muy pronto falta de soldados. Aunque sin una base fija, veamos lo que hay de cierto en tales deducciones.

Las bajas experimentadas por todos conceptos por Alemania en los tres primeros meses de la guerra ascienden a unos 500,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. A este número hay que agregar las producidas por enfermedades, pero en compensación hay que deducir las de los heridos leves que han vuelto a incorporarse a filas o que se incorporarán muy pronto. Supongamos, no obstante, que a dicho número hayan de sumarse otros 200,000 hombres enfermos, y tendremos en total que Alemania ha perdido en tres meses cerca de 700,000 hombres. A este paso, al terminar el primer año de la guerra, sus pérdidas serían de 2.800,000 soldados, pues si bien las operaciones en invierno no son tan activas, y por consiguiente tan sangrientas como en verano, en cambio aumenta el número y la gravedad de las enfermedades. Para llenar los huecos que estas bajas habrán producido en las filas no cuenta Alemania con más que el nuevo contingente llamado a las armas, o sea unos 700,000 hombres. De esta manera el ejército alemán habrá perdido antes de un año dos millones de hombres.

Las bajas de los austriacos no han sido tan considerables como las de los alemanes, pero tampoco escasas. Suponiendo que se reduzcan a las dos terceras partes, resultará que al finalizar el primer año, Austria tendrá 1.300,000 combatientes menos que al principio.

Rusia ha perdido, entre muertos, heridos y prisioneros, unos 800 a 900 mil hombres. Dentro de nueve meses sus pérdidas ascenderán a 3.500,000 hombres, de los cuales un millón y medio podrán ser reemplazados por reclutas. Su debilidad se traduce en dos millones de hombres. Estará en el mismo caso que Alemania.

Los franceses han tenido unas 700,000 bajas. En otros nueve meses, serán 2.800,000 hombres, de los que deducidos 500.000 reclutas, dan una pérdida total de más de dos millones.

El ejército inglés, propiamente dicho, ha sido hasta ahora muy poco castigado en cifras absolutas, a causa de su débil efectivo, aunque el tanto por 100 iguala al de pérdidas francesas. Pero como siempre puede acudir Inglaterra a la recluta voluntaria, re-

sulta que aunque dejen de renovarse los contingentes de las colonias y dominios, no faltarán soldados disponibles, siempre que el número de los necesarios no exceda de un millón de hombres.

Haciendo las cuentas con arreglo a estos datos, que sólo son relativamente aproximados, se deduce:

- 1.º Los cinco millones de alemanes que pueden ponerse sobre las armas, quedarán reducidos a tres;
- 2.º Los dos millones y medio de austriacos, disminuirán hasta cerca de millón y medio;
- 3.º Los seis millones de rusos que pueden tomar parte en la guerra, no ascenderán más que a tres y medio millones, pero como medio millón por lo menos ha de operar contra los turcos, quedarán otros tres millones para combatir en los campos de Europa;
- 4.º Los tres y medio millones de franceses habrán quedado disminuídos a millón y medio;
- 5.º Inglaterra podrá disponer de un millón de hombres.

Por consiguiente, los germanos podrán poner en línea una masa de cuatro millones y medio, y los anglo-franco-rusos tendrán seis millones. Ventaja a favor de los últimos: millón y medio de hombres.

Veamos la comparación con las cifras de agosto: Alemanes, cinco millones; austriacos, dos millones y medio; total, siete millones y medio.

Rusos, seis millones; franceses, tres y medio millones; ingleses, medio millón; total, diez millones.

Ventaja a favor de los aliados: dos millones y medio.

Por consiguiente, la ventaja al cabo de un año de guerra seguirá de parte de los aliados, pero se habrá reducido en un millón de hombres.

Tomando en cuenta el tanto por ciento, o sea la reducción comparada con los efectivos iniciales y con los de fin del primer año, se llega a esta conclusión:

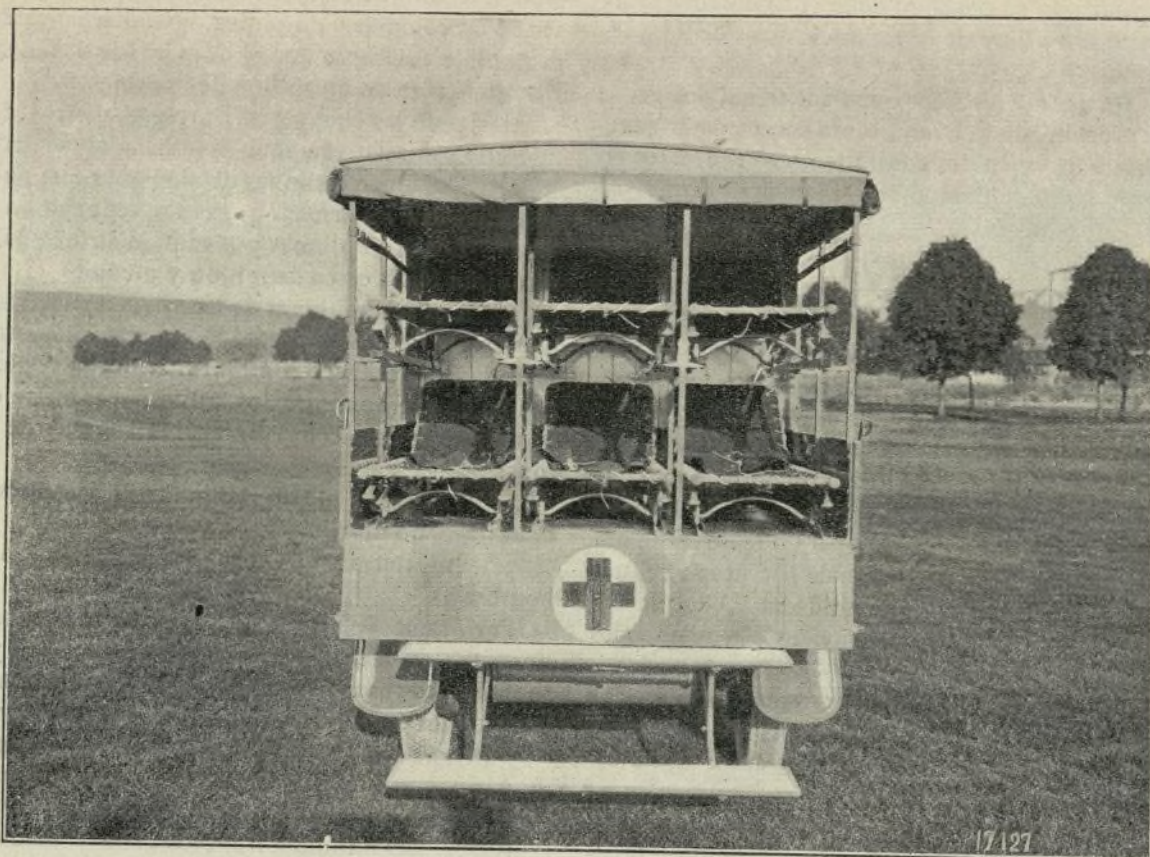
Efectivo de los aliados en agosto, diez millones. Efectivo de los germanos, siete y medio millones.

Relación del primer número al segundo: 10 es a siete y medio, o sea 4 es a 3, es decir, que por cuatro aliados había tres germanos.

Efectivo de los aliados en agosto de 1915, seis millones. Efectivo de los germanos, cuatro millones y medio. Relación del primer número al segundo, 6 es a 4, 5, o sea cuatro es a tres, lo que quiere decir que por cada cuatro aliados seguirá habiendo tres germanos.

Se deduce del cálculo anterior, que no bastará un año de guerra para que uno de los dos bandos quede en manifiesta inferioridad con respecto al otro, y que será menester todavía otro año u otros dos para que el desequilibrio adquiera caracteres decisivos. Pero antes del primer año, y desde luego mucho antes del segundo, han de ocurrir acontecimientos decisivos que inclinen la balanza en un sentido determinado.

Por ahora, ninguna de las potencias aliadas experimenta la falta de soldados. Quien más se resiente de las pérdidas sufridas es Francia, y la que menos Rusia. Dentro de un año, si la guerra continúa indecisa, le será fácil a Alemania adquirir superioridad numérica en el teatro de Francia, si antes se ha cerrado el canal de Suez y no se han apaciguado los mahometanos. En el otro teatro la ventaja será para



Vista posterior de un automóvil de la cruz roja alemana, mostrando la disposición de las literas

Rusia, a menos que los turcos hayan obtenido ventajas de consideración que atraigan sobre ellos a grandes masas moscovitas, o que hayan entrado en la contienda nuevas naciones.

De todos modos, la conclusión que se deduce no tiene nada de optimista; por ahora ni siquiera se vislumbra que pueda llegar el fin de la guerra por el derramamiento de sangre; más probable es que sobrevenga por el agotamiento económico.

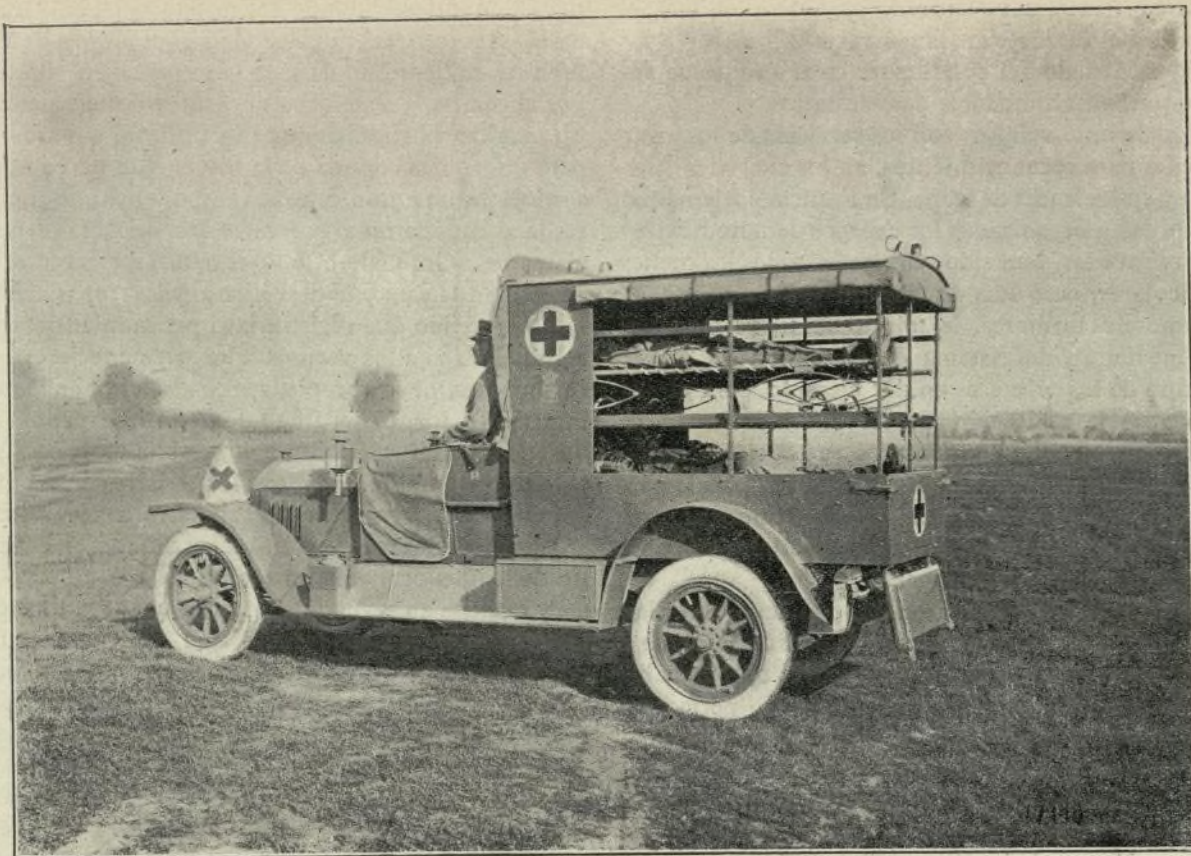
LOS AUTOMÓVILES EN LA GUERRA

Una de las principales aplicaciones de los automóviles en la presente guerra consiste en el transporte de heridos a los hospitales y sanatorios. En el ejército alemán ha adquirido gran desarrollo esta idea, funcionando verdaderos trenes de automóviles, ostentando la insignia de la cruz roja, que han prestado excelentes servicios. Sabido es, en efecto, lo in-



Columna de automóviles de la cruz roja alemana

Ayuntamiento de Madrid



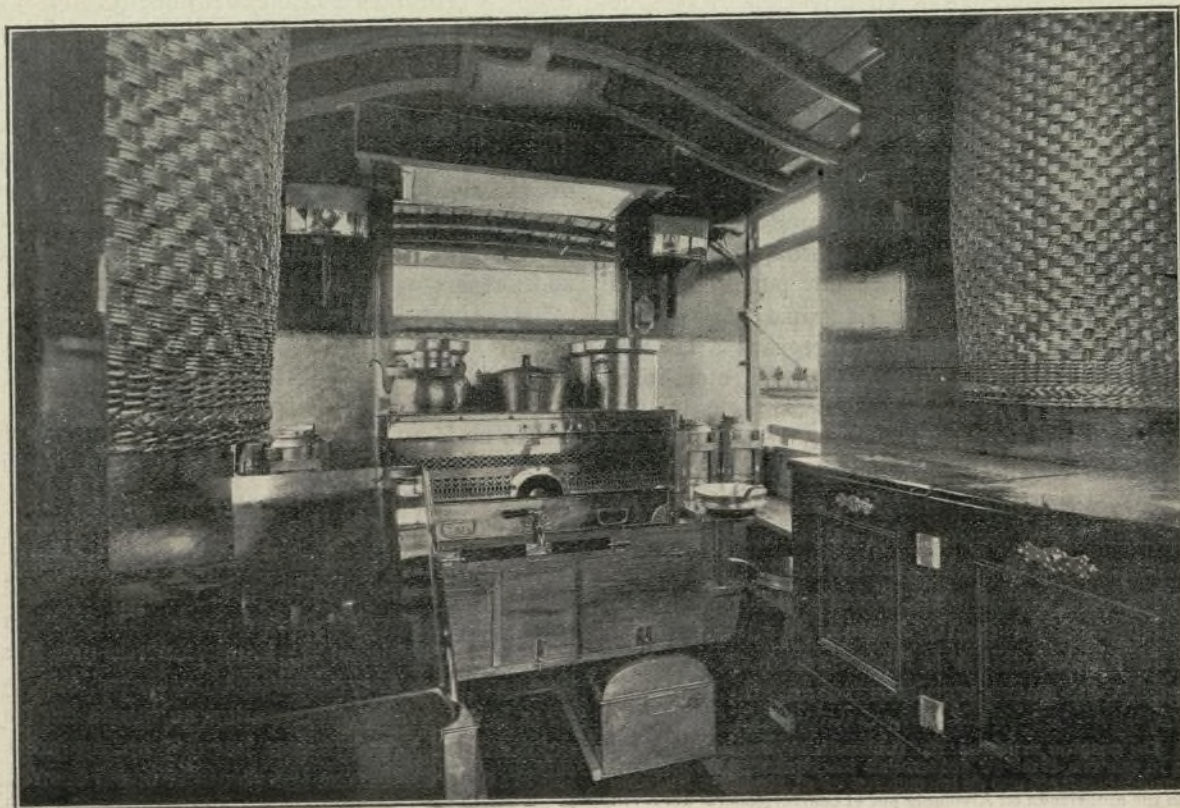
Vista lateral de un automóvil de la cruz roja alemana

interesante y conveniente que es para las tropas y para los heridos, descongestionar las ambulancias y hospitales de campaña, para que sólo queden en ellos los heridos graves cuyo estado no se presta al traslado.

La conocida sociedad de motores Daimler, que construye los coches Mercedes (1), ha organizado un

(1) Debemos a la amabilidad de Herr Otto Wolf, representante de la casa Daimler (Plaza de Cataluña, 9, Barcelona), las interesantes fotografías de los automóviles de esa sociedad empleados por la cruz roja alemana.

servicio de automóviles de ambulancia, especialmente contruidos para este objeto. Los movimientos del vehículo son regulares, las trepidaciones se han reducido al mínimo, y se han tomado toda clase de precauciones para que sean suaves y apenas sensibles las oscilaciones de las literas. En el interior de cada carruaje se disponen literas desmontables o bancos, según el estado de los heridos, dando una capacidad máxima de diez pacientes. Una ventanilla abierta en



Interior de una cocina automóvil
Ayuntamiento de Madrid

la pared trasera del avantrén, permite examinar el interior del carruaje en plena marcha y asistir a los heridos. Al lado del conductor, en el asiento delantero, pueden acomodarse dos sanitarios.

Igualmente valiosos son los servicios de los automóviles para reconocimientos, en los cuarteles generales y en las líneas de etapa. En Francia y Alemania, donde están organizados los cuerpos de automovilistas voluntarios, han sido requisados todos los coches particulares; pero además hay un gran número de automóviles militares, lo mismo del tipo ligero que del mediano y del sistema de camiones. El Kaiser fué uno de los primeros en dar ejemplo para el fomento de la aplicación de los automóviles en la guerra, pues ya hace cinco años que la citada sociedad Daimler construyó para el Emperador alemán un tren de dos carruajes con cocina y comedor, que ha funcionado en las maniobras imperiales que desde entonces han tenido lugar.

A propósito de esta cuestión, conviene recordar que gracias al automovilismo ha podido resolverse en términos relativamente prácticos el problema de la aviación. El constante y extraordinario perfeccionamiento de que han sido objeto en los últimos años los motores de explosión destinados a los automóviles, ha permitido alcanzar velocidades prodigiosas, que son el factor fundamental para la sustentación de un avión en el aire. Se emplean en los aeroplanos los mismos motores, Daimler, Gnome, etc., que en los automóviles.

LOS COMBATES DE CUTRY Y LONGUYON ⁽¹⁾

(Diario de un capitán alemán)

22 agosto.—El sol alumbraba radiante el paisaje, en un cielo azul muy puro. Es un hermoso día de verano, como es imposible desearlo mejor. Todo invita al bienestar. Marchamos en dirección al país de nuestro tradicional enemigo, Francia. Por fin vamos a medir nuestras fuerzas con las del adversario y hacerle sentir el peso del empuje alemán. La 3.^a compañía va en vanguardia y sigue la mía a la cabeza del grueso de la columna, con la artillería de campaña detrás. Así marchamos casi a lo largo de la frontera franco-belga, hasta que llegamos a Hussigny, donde nuestro entusiasmo se desborda en ¡vivas! al transponer la frontera francesa. Un pueblo muestra ya las señales de la guerra. La mitad de las casas están reducidas a escombros y entregadas a las llamas; merecieron este castigo porque sus moradores hicieron armas contra nuestras tropas; los culpables fueron fusilados y destruídas sus viviendas. Pero no se tocó a un cabello de los vecinos pacíficos y sus propiedades fueron respetadas: el soldado alemán no es incendiario, ni asesino. Los habitantes están tranquilamente sentados a las puertas de sus casas o entregados a sus ocupaciones. En este lugar tengo que desprenderme de media sección de mi compañía para enviarla a auxiliar la labor de uno de nuestros dirigibles. De nuevo seguimos marchando hacia Vi-

llers-la-Montagne, donde hacemos una larga parada en el lindero S. del pueblo. Con gran alegría descubren los soldados un cerdo que se pasea en libertad por el campo, y se le lleva al carnicero del batallón, un maestro en su oficio, que lo utilizará a maravilla para reforzar la comida de la tropa. Nuestro batallón se aloja en una gran casa de campo, cuyos moradores la abandonaron al acercarse las primeras tropas alemanas. ¡Gran falta! Como es natural, el populacho entrará en la casa y la desbalijará, y las tropas alemanas han tenido que registrarla al pasar; mientras que nadie molestó a los vecinos que permanecieron en sus hogares, ni sus propiedades padecieron en lo más mínimo. A juzgar por una fotografía que pendía de uno de los muros del piso bajo, residía en la casa un joven matrimonio. Todos los enseres aparecían amontonados fuera de la casa y destruídas las cercas y depósitos. Sobre una gran mesa redonda, en el centro del comedor, había un montón de papeles, cartas y cuentas en revuelta confusión, y allí ví un título del Estado de 2,500 francos, que cogí para evitar que se perdiera o cayera en malas manos. Cuando termine la guerra, lo restituiré a sus legítimos dueños. La primera habitación era un taller de modista; periódicos de modas, telas y modelos de trajes, todo revuelto, cubrían el pavimento; de la pared pendían, completamente nuevos, una blusa de seda y un vestido: estaban intactos; ¿quién se los apropiará más adelante? De presumir es que no tarden en salir a las calles del pueblo y que se las queden los francotiradores o los merodeadores de los campos de batalla. En los árboles del jardín había muchas peras y manzanas, aún sin sazonar; sólo unas cuantas zanahorias son utilizables para suplir la escasez de alimentos en que nos encontramos. Me puse algunos tubérculos en los bolsillos, los cuales me habían de prestar más adelante servicios inapreciables. Pronto llegó la orden de reanudar la marcha. Las alegres canciones militares brotaron de los labios de los soldados, y cruzamos las calles del pueblo como si partiéramos a unas maniobras. Los obuses pesados de nuestra artillería a pie seguían tronando con sordo fragor en la dirección de Longwy, desde posiciones que, si ya eran viejas para los que nos habían precedido, nos parecían nuevas a nosotros. Al contrario de Hussigny, Villers-la-Montagne estaba intacto. Los vecinos habían aprendido de lo acontecido a los de Hussigny, y el pueblo, con sus casas limpias y adornadas, sus huertas de frutales y la gente por las calles, causaba una excelente impresión.

Chenières

No tardó en desaparecer este espectáculo pacífico. Apenas habíamos salido del pueblo, distinguimos densas columnas de humo que desde detrás de las alturas próximas se elevaban al cielo. Nuestro comandante de división se detuvo, con su cuartel general, a la derecha del camino, y rígidos y erguidos como en guarnición, desfilamos delante de él. Pronto llegó un ayudante al galope y ordenó que la artillería avanzara con nosotros. Unos pasos más, y al pisar la colina nos encontramos en medio del fragor del combate. Los primeros heridos no tardaron en llegar: eran artilleros. Uno tenía el brazo destrozado y otro andaba cojeando, con la pierna desnuda y

(1) De cuantos artículos ha publicado la prensa extranjera sobre la manera como se desarrollan los combates en nuestros días, indudablemente uno de los mejores es el presente. Su publicación fué autorizada en Alemania por el cuartel general del XVIII cuerpo.—N. de la R.

ensangrentada, y apoyándose en su sable y en el brazo de un camarada; otro herido, más grave, iba en una camilla. Los alegres cantos cesaron instantáneamente, y reflexiones más serias acudieron a todos los entendimientos.

Los habitantes del pueblo de Chenières, que se alzaba delante de nosotros, habían hecho fuego contra la artillería en marcha, y nuestros cañones los ametrallaron y entregaron el pueblo a las llamas. En rápido avance llegamos a Chenières. El comandante de la 3.^a compañía recibió la orden de despejar el pueblo de gente; los vecinos seguían disparando. La cumplimentó. Las compañías 1.^a, 2.^a y 4.^a debían marchar al S. de Chenières y luego variar al O. contra las alturas del bosque de Catromont. Nuestro batallón se formó en dos líneas. Nosotros nos dirigimos por la izquierda contra la altura 397, y casi enseguida aparecieron nubecillas de humo blanco en el aire, señales indudables de que nos batía la artillería enemiga: estábamos bajo el fuego de shrapnel de los franceses. Al punto el comandante de nuestro batallón, que marchaba en cabeza, con el paso de su caballo ajustado al de la tropa, dispuso que formásemos en columnas de compañía con amplios intervalos. El movimiento fué ejecutado con entera tranquilidad. Nadie se sintió acometido por el menor sentimiento de temor. El avance y la maniobra bajo el fuego de shrapnels del enemigo se hicieron con tanta serenidad y justeza como en el campo de instrucción. Sin apresurar el paso, llegamos a un bosquecillo que formaba un saliente avanzado contra las alturas enemigas cubiertas de bosque. Los primeros prisioneros pasaron cerca de nosotros. Poco después, atravesamos un campo de trigo. Con anterioridad se nos había advertido que guardáramos muchas precauciones al pasar por las mieses, porque los franceses acostumbraban dejar en ellas soldados ilesos, que luego disparaban por la espalda contra nuestras tropas y aun contra nuestros camilleros. El recuerdo de este consejo nos movió a registrar bien el campo de trigo. Llegados junto a las alturas de bosque, nuestro comandante recibió la orden de que el batallón retrocediera en la dirección N. de Chenières, porque el enemigo estaba prolongando su derecha. Cuando nos replegábamos sobre el pueblo, se nos incorporó la 3.^a compañía, que había ya despejado a Chenières. Nos refirió escenas espantosas y horribles. Hombres y mujeres, haciendo caso omiso de las advertencias e intimaciones de nuestra tropa, hicieron resistencia en las casas medio incendiadas. El capitán tuvo que derribar de un pistoletazo a una mujer que se lanzó contra él blandiendo un arma. Cuando nos contaba este episodio, aún estaba conmovido.

El combate de Cutry

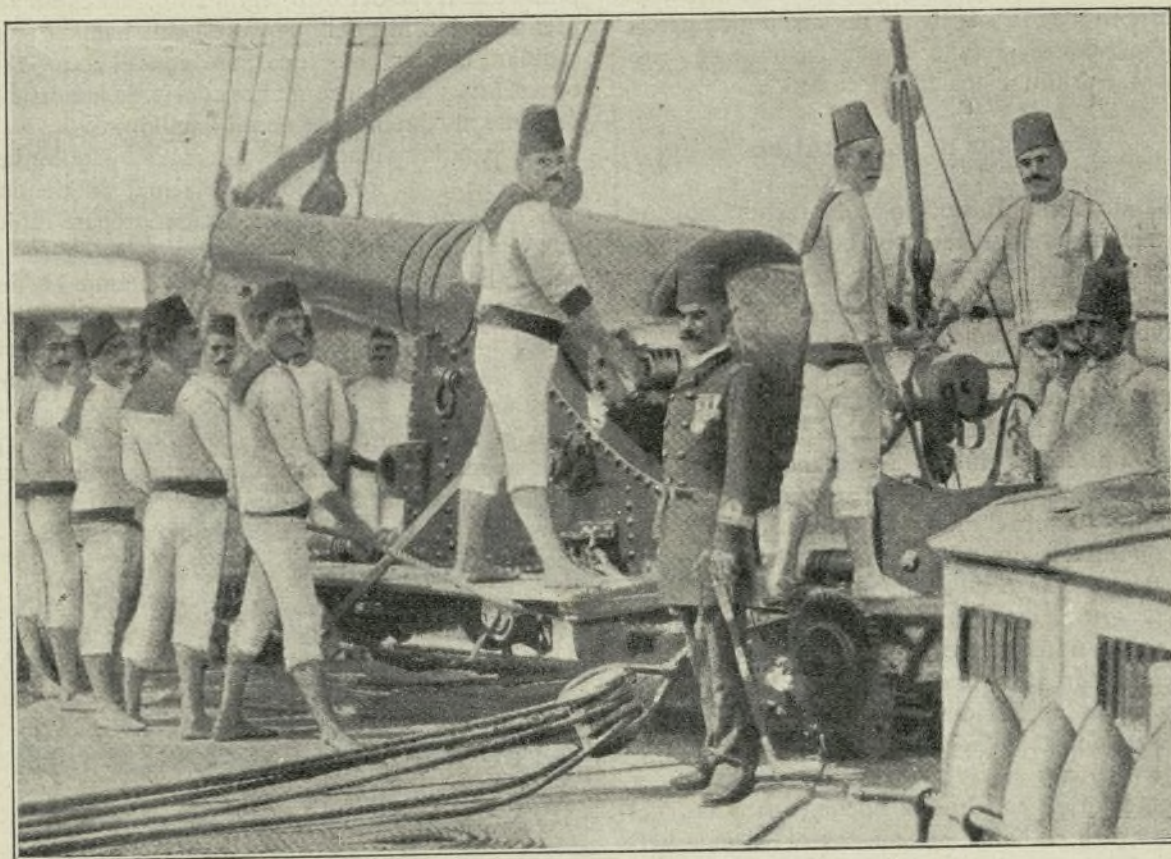
«¡Hurra! ¡Nuestro tercer batallón ha cogido 100 franceses prisioneros!» Con estas gratas palabras, nuestro bravo comandante, que venía de avistarse con el jefe del Regimiento, nos arrastró al campo del combate. Todos marchamos henchidos de entusiasmo. Nos movimos hacia la gran fábrica del camino de Cutry, donde nuestra división estaba empeñada en duro combate; conversamos enseguida un poco a la izquierda y avanzamos de nuevo en la dirección

que se nos había ordenado. Al llegar a la carretera al S. de Cutry vimos un gran contingente de franceses desarmados, hechos prisioneros por nuestro 2.^o batallón. En la carretera y en las cunetas aparecían franceses muertos y heridos. Pronto llegamos, en columna doble, al lugar del combate, y atacamos por el N. la altura 346. Delante de nosotros, la lucha era muy reñida. Toda la división estaba empeñada contra un enemigo muy superior en número, que se abrigaba en los espesos, grandes y apretados grupos de árboles del bosque, en las trincheras de la vía férrea de Longwy a Longuyon y en las trincheras, ante los cuales obstáculos fueron poco a poco concentrándose nuestros soldados.

En la dirección de la línea más avanzada oímos un vivo fuego de fusilería; las granadas y shrapnels comenzaron a silbar, dejando oír de vez en cuando el crepitar de las ametralladoras. Ante nuestros ojos se estaba desarrollando una batalla moderna. Había un ruido ensordecedor. Pronto silbaron sobre nuestras cabezas las balas de fusil. El sol brillaba con todo su esplendor, pero nadie miraba arriba. El calor nos despertaba una sed abrasadora, que nos hacía padecer mucho. Era mediodía. Pero nosotros continuábamos inactivos en el campo, formando la reserva, hasta que llegase el momento de avanzar. Una granada estalló a corta distancia. Nos tendimos sobre la yerba para evitar bajas inútiles, porque el fuego de artillería se iba aproximando. No tardó en llegar esta orden del jefe del batallón: «Compañías primera y segunda ¡en orden de combate!» Desplegué las dos secciones avanzadas, cuyo mando tomé personalmente, y mandé: «Desplegar sobre la derecha de la segunda compañía.» La primera sección, a las órdenes del sub-oficial Sch... debía seguirnos como sostén a 300 metros; al pasar con mis dos secciones junto a nuestro comandante, vi al lado de éste un antiguo oficial de nuestro regimiento, que mandaba ahora un regimiento de infantería, el cual me dijo: «S..., antiguo camarada, apoye V. a mi regimiento, que está empeñado en duro combate y ha sufrido muchas pérdidas.»—«¡Muy bien, señor coronel! haré lo que pueda; va V. a verlo. ¿Dónde está empeñado?»—«Allí, en aquella dirección», me indicó con la mano. Un apretón de manos y ¡adelante! «¡Guía a la izquierda!», ordené, cumpliendo mi promesa, y dirigí—llevando mi compañía al paso largo—mi línea de guerrillas en la dirección señalada. A los 100 pasos caímos bajo el fuego de la infantería enemiga. «¡Apunten, fuego! ¡Paso ligero!... ¡Apunten! ¡Fuego!...» La lluvia de proyectiles se hizo más densa. A derecha e izquierda cayeron algunos hombres. Quedé sujeto a un tiro de flanco, que partía de una altura situada a la izquierda de nuestra dirección de marcha. El comandante de la tercera sección recibió un balazo en una pierna. Me detuve algunos segundos a su lado. «¡Sargento S..., tome V. el mando de la segunda sección!». Sin cesar de avanzar, a saltos, llegamos a la linde del bosque, donde un profundo barranco detuvo nuestra marcha. Espesos matorrales, con lianas, enredaderas y yedras, nos sujetaban brazos y piernas, y cuando podíamos desprendernos de estos estorbos teníamos que tener mucho cuidado para no precipitarnos al fondo del abismo. Para orientarme, destaqué algunos soldados que exploraran el barranco. Al cabo de

reclamaba mi concurso, debía acudir a donde me llamaban. Enseguida dí la orden de avanzar a todos los soldados del 22º que estaban presentes. Ahora adelantábamos rápidamente contra el enemigo, a través de un terreno libre de obstáculos; pero apenas habíamos recorrido 300 metros, quedamos sometidos a un vivo fuego por descargas, procedente del bosque que se encontraba a nuestro frente, a unos 400 metros de distancia. La primera descarga se hundió en el suelo cinco metros delante de nosotros, y nos llenó de polvo y barro. Antes de que pudiéramos reponernos, estalló la segunda descarga. El soldado que iba inmediatamente a mi derecha, cayó herido por varios cascotes de granada. Algunos estertores y quedó inmóvil para siempre. Como si esto no fuera bastante, nuestra infantería, que se encontraba en una altura más atrás, nos tomó por enemigos y rompió el fuego

no tarda uno en acostumbrarse a ello, sobre todo teniendo en cuenta que los franceses tiran bastante mal. Es propio de la naturaleza humana acostumbrarse a todo. El tiro de nuestra tropa es mucho más eficaz. Casi una hora permanecemos en aquella situación crítica, yendo nuestras pérdidas en aumento; y viendo que con mi poca gente no podía obtener ninguna ventaja decisiva, dí la orden de que se aprovechara la primera pausa de fuego para asaltar el bosque a la bayoneta. Así lo hicimos, y felizmente conservé la vida a pesar de que seguía cayendo gente mientras nos aproximábamos a la linde del bosque. Formábamos en este momento a la derecha del otro regimiento de infantería, como apoyo de su extremo flanco derecho. Todavía perdimos varios hombres en la linde del bosque. Sucesivamente fueron avanzando todas las guerrillas del regimiento. Cuando su extre-



Marineros turcos cargando un cañón de 15 centímetros a bordo del *Hamidiéh*

contra nosotros. Nuestras llamadas y avisos no fueron vistos, y seguimos fusilados por nuestras tropas, como nos lo daban a conocer los toques de corneta que de allí llegaban. La situación en que nos encontrábamos era muy crítica. Apenas veíamos al enemigo: unos hombres estaban cubiertos por los árboles, y otra fracción se ocultaba muy bien detrás de los restos de un tejado; además, era más fuerte en número que nosotros. Desde otra posición, las ametralladoras del primer batallón del Regimiento infantería de reserva se esforzaban en desalojar al enemigo. Yo, con el resto de mi gente, me arrojé en medio del campo de batalla, fusilado por todos lados. El fuego por descargas de la infantería francesa en campo abierto era nuevo para mí. Los franceses disparaban, dejando cortas pausas entre cada dos descargas. Sin duda buscaban producir un efecto moral. Aunque en el primer momento aturde el incesante golpeteo de los proyectiles,

ma ala derecha llegó a la posición que yo ocupaba, y por consiguiente fué inútil que yo continuara en ella, resolví — eran las 5 de la tarde — incorporarme a mi regimiento, que a mi parecer debía encontrarse empeñado en combate en el ala derecha. Me moví con mi tropa en esa dirección y no tardé en encontrar algunas fracciones de mi regimiento, por las que supe que nuestra ala derecha había ya rechazado al enemigo, y que el regimiento se replegaba; pero nadie conocía su situación exacta.

Desde el lugar a donde había llegado se oía un fuego todavía muy violento (6 de la tarde); reuní los soldados dispersos que había por allí, incluso del otro regimiento, y los volví a llevar al campo de la acción del regimiento de reserva. Quedé otra vez bajo el fuego del enemigo, que causó algunas bajas en la tropa del otro regimiento. No tuve tiempo de llegar a la línea de guerrillas más avanzada, por-

que a las siete y media el enemigo suspendió el fuego, y bajo la protección de los espesos matorrales y de la obscuridad que empezaba a extenderse, emprendió la retirada. Mientras me hallaba en un lugar donde el fuego era muy vivo — 7 de la tarde — oí que me llamaban a voces desde un punto inmediato: «El teniente M., de la 3.^a compañía de nuestro regimiento, encarga que digamos al señor capitán que se encuentra herido detrás de un pajar». Como es natural, corrí hacia él. Había recibido un balazo por debajo de la rodilla. Vendamos la herida todo lo mejor que las circunstancias permitían, y entablillamos la pierna con ayuda de un machete; encargué enseguida a un cabo y cuatro hombres que llevaran en una camilla al teniente M. a la ambulancia. Una mirada de gratitud y un apretón de manos: «¡No olvidaré nunca este servicio!» Es verdad que habíamos tenido muchas bajas, pero, a pesar de las dificultades del terreno y de lo excelente de sus posiciones, el enemigo estaba derrotado. Evacuaba todas sus posiciones y se pronunciaba en franca huida.

En busca de mi batallón

Cuando cesó el fuego, era ya de noche. Debíamos abrir trincheras en el terreno conquistado, para establecernos sólidamente en él, y yo tenía que tomar parte en esta labor. Mientras me ocupaba en los preparativos de este trabajo, recibí la noticia de que mi regimiento se estaba reuniendo en el campo de batalla que es encontraba inmediatamente detrás de nosotros. Suspendí la labor en que me ocupaba, y marché en la dirección indicada con toda la gente que pude reunir. Nada se veía, ni se oía ruido alguno que indicara la proximidad de nuestro cuerpo. Tropecé con otro regimiento de nuestra división, que había tomado parte en el ataque y reunía su tropa. Tuve la fortuna de encontrar una carretera, a cuyos lados ardían unos pueblos, iluminando siniestramente nuestra marcha en la obscuridad de la noche. Todos los soldados aislados y pequeños destacamentos que se encontraban por allí, se vinieron conmigo. Componíamos en total unos 120 hombres del regimiento. Eran ya las 10 de la noche, cuando un soldado, a quien yo había enviado con el teniente herido M., se me presentó y me dijo que no le fué posible encontrar el punto de reunión señalado, porque los camilleros se habían ya retirado. Nadie sabía tampoco cuál era aquel punto de reunión. Dispuse que el teniente M. fuese conducido a la carretera y esperase en ella hasta que nosotros encontráramos al regimiento. Seguimos marchando por la carretera, hasta que encontramos, casi enseguida, a nuestro tercer batallón, bajo el mando de un capitán, quien me dió noticias poco agradables. Nuestro jefe de regimiento había sido gravemente herido en la espalda, el comandante del tercer batallón, en el combate en el interior de un pueblo, fué herido, también gravemente, en el muslo y en el vientre, un capitán muerto y varios tenientes gravemente heridos. Además, el regimiento había tenido muchas bajas en la tropa. Eran noticias muy tristes. Me despedí rápidamente y busqué con más ansiedad a mi batallón, el cual, según el parecer del capitán, se encontraba en el pueblo en llamas de Cutry. Hacia allí nos dirigimos, pero en el pueblo no estaba el batallón, sino frac-

ciones de tropas de todas las armas, que buscaban agua con avidez en las casas medio consumidas por el incendio. Desde las 5 de la madrugada no habíamos bebido agua y llevábamos 36 horas sin comer. Dispuse que mi gente dejase las armas en un lugar que me pareció seguro, por no estar amenazado por el derrumbamiento de las partes calcinadas, y que con marmitas y frascos buscaran agua para todos, registrando todo el pueblo si era menester; al mismo tiempo, debían preguntar por el paradero de nuestro batallón. Poco después, los soldados encontraron agua, y pudimos apagar nuestra sed y llenar los frascos. Nada se sabía del primer batallón. Después de repetidas investigaciones, supimos por una patrulla que el batallón no estaba lejos del pueblo, y que vivaqueaba en campo raso, detrás de una posición defensiva ocupada por el segundo batallón. Dejando a la tropa del otro regimiento, así como al teniente herido M., del que ya se había hecho cargo la sanidad militar, me incorporé con el resto de mi compañía, y a las doce menos cuarto de la noche me presenté al comandante de mi batallón.

El batallón vivaqueaba a derecha e izquierda de la carretera, en formación de alarma, sin tiendas y con las armas en la mano. Yo me preparé rápidamente un lecho de paja, sobre el que me eché. Pero apenas llevaba media hora tendido, cuando el sueño empezaba a acudir después de tantas fatigas, llegó la orden: «Dispóngase inmediatamente la compañía sobre la carretera, preparada para emprender la marcha».

Algún trabajo costó despertar a los hombres, que estaban rendidos por el cansancio de aquella jornada, mas al cabo la compañía y todo el batallón formaron en la carretera, dispuestos a reanudar las operaciones.

(Continuará)

(De la *Kölnische Zeitung*).

LOS INDOSTÁNICOS EN FRANCIA

(Escenas de campamento)

Tomamos de un periódico londinense, los siguientes interesantes detalles de los usos y costumbres de las tropas indias y de sus hábitos, que conservan a pesar de la guerra.

Si se prescinde del barro, la primera señal de un campamento consiste en los enormes montones de heno y en las barracas de paja cortada a estilo indio. Enseguida se descubren las marmitas cociéndose sobre un fuego de leña. Pronto se hace visible un grupo de gente montañesa, apretándose cerca de las brasas, con sus pintorescos uniformes. Parecen sentir frío, aunque la temperatura es varios grados más elevada que la que se nota en las mañanas de invierno en su Punjab. ¿Cómo te prueba este clima? preguntó a uno de ellos. Sahib, me responde, un buen clima. Pero un vecino, pone los puntos sobre las íes: hace tres días que el sol está oculto por las nubes y no tiene trazas de salir, y además la tierra está húmeda. Durante uno o dos meses, estos hombres han estado perfectamente en las tierras de Francia bañadas

por un sol espléndido, pero hace algunos días que les parece se encuentran en Inglaterra, donde es tradicional la niebla.

El paseo de moda es ir al campamento indio a ver la comida de los Hindus. Otra atracción es presenciar la toilette de los Sijs, mucho más rara y curiosa, aunque requiere por parte del espectador alguna modestia. Los indostánicos no van a la ciudad, a menos que lo hagan formados, de modo que las muchachas han de trasladarse al campamento para obsequiar a los extranjeros.

El culto a lo asiático, muy arraigado en Francia, constituye ahora casi una obsesión. Un joven príncipe que reside en mi hotel, se ve turbado por tantas sonrisas y miradas como se le dirigen. Los automóviles conducen a numerosas señoras forradas de pieles al lugar donde se encuentra el príncipe. Durante el almuerzo los ojos de las damas no se apartan de él. El interés que despierta es militar y patriótico en partes iguales, así como debido al misterio de todo lo remoto. Pero las medallas exóticas que ostenta dan la impresión que ha realizado hazañas no comunes. El joven toma los acontecimientos con filosofía, aunque aparenta creer que el tributo silencioso de que es objeto se debe más a un sentimiento nacional que a un interés hacia su persona. Si en el grupo se encuentra algún niño, el príncipe le acaricia la mejilla o le regala una pastilla de chocolate.

Uno de los oficiales ingleses tiene un criado indio, negro y con un turbante enorme, que es el ídolo de toda la dependencia del hotel; los domingos le pasean por los arrabales, con todos los respetos debidos a su rito, y le muestran a los amigos y conocidos. Su presencia es símbolo de ganancias para el restaurant que su amo frecuenta.

La alimentación de estas tropas es uno de los más graves problemas de la Intendencia militar. El Gurja, el Rajput y otros hindúes comerán cabra o carnero, siempre que la bestia haya sido sacrificada con arreglo a una ortodoxia especial. El disgusto que experimentan los hindúes cuando han de tocar carne de buey les causa a veces vómitos a la sola vista de este animal; el prejuicio está tan arraigado que no hay medio de que lo deshechen; felizmente, el cerdo, que tanto abominan los musulmanes, no complica la cuestión del abastecimiento de estas tropas.

Pero lo grave no es tanto la naturaleza de la comida que hay que darles, como la manera de sacrificar las reses y cocerlas. Cada tribu sacrifica las reses a su manera. Una cierta cantidad de carne de carnero es consumida a gusto por ciertas tropas, pero la mayor porción de carne ha de ser transportada viva por ferrocarril y sacrificada en el terreno, de acuerdo con los ritos religiosos. De aquí la abundancia de rebaños de cabras, carneros y corderos en los bulevares. He visto un matadero lleno de reses: cabras de todos los rincones de Francia, de Córcega y el Delphinado, de los Cevenas, del Languedoc, del Rosellón, de las fronteras de España, machos cabríos de talla gigantesca de los Pirineos que semejan camellos jóvenes, alimento que inspira a los indúes las virtudes terrenas.

Para que la gente pueda saber si come carne fres-

ca o no, se destacan algunas unidades a un punto cercano a la vía férrea, donde cada hombre, sea mahometano, hindu o sij, sacrifica las reses a su manera y les pone una marca especial, por medio de la cual saben sus compañeros de la trinchera si el manjar ha sido muerto recientemente.

No se mata buey, porque la mera proximidad de un matadero mahometano podría contaminar a los hindúes.

Como bebida, la ración de las tropas indostánicas es ron, pero como los hijos del Profeta tienen prohibidos los licores fermentados, se les da una ración suplementaria de azúcar y té. Como el hoga ocupa demasiado lugar en los convoyes, cada soldado indostánico recibe dos cajetillas de cigarrillos por semana.

Hasta los animales de carga han de consumir su alimento especial, un grano machacado. Las mulas indias, que tan perfectamente podrían alimentarse con el heno inglés, han de consumir paja cortada, el forraje más seco y más indigesto que hay. Un regimiento inglés halla alimento en cualquier parte, pero cuando va acompañado por indostánicos, éstos y sus caballos son un estorbo por la cuestión de las comidas.

El gurja es una persona acomodaticia y molesta muy poco a su oficial británico, con el que mantiene las relaciones más cordiales. Pero en Bombay, cuando un regimiento estaba embarcándose, se suscitó la cuestión de si se le daría a comer carne en conserva o helada. Los oficiales se reunieron y decidieron someter el caso a sus soldados. Llamóse al subadar, el cual al cabo de un momento de meditación y frunciendo el ceño, dijo: Creo, sahib, que el regimiento comerá la carne conservada en hielo siempre que se permita a algún soldado presenciar cómo el animal muere de frío.

Todavía hay otras complicaciones más típicas. La rigidez de las leyes se agrava o modifica en el caso de hombres de la misma secta por tradiciones o influencias locales o de regimiento. Estos hombres necesitan que se les trate con arreglo a sus hábitos. Es digno de tenerse presente que los mahometanos y los sijs, que se odiaban mortalmente y se exterminaban los unos a los otros hace poco más de un siglo, se agrupan con orgullo bajo nuestras banderas, comunes a todos. Esto demuestra nuestra capacidad para colonizar.

Cuando regresé al hotel, por la tarde, acababa de recibirse la noticia de las bajas que habían tenido los indostánicos. Durante la comida me dijo uno: he perdido la mitad de mi gente. Todos nos impresionamos.

No obstante, todos comimos, y hasta nos preocupamos un momento sobre si beberíamos vino blanco o tinto. Los franceses ya acostumbrados a estas escenas entraban y salían, mezclados los hombres de negocios, graves y sesudos, con damas elegantes, casi todas vestidas de negro. En el vestíbulo, la concurrencia era tan abigarrada que recordaba los bungalows de la India. A media noche, varios amigos nuestros partieron en un tren que conducía tropas a llenar las bajas del combate.

CRÓNICA MILITAR

I. ¿Es forzada o voluntaria la actitud espectante de los alemanes en Francia?—II. ¿Por qué los aliados no asumen la ofensiva en Francia?—III. La campaña en Polonia.—IV. El combate naval en aguas de Chile.—V. Nuevos uniformes de campaña del ejército francés.—VI. La situación el 3 de diciembre.

I. — ¿Es forzada o voluntaria la actitud espectante de los alemanes en Francia?

Todo aquel que haya leído mis *Crónicas*, sabe á qué atenerse acerca de esta pregunta. Pero como todavía se insiste en atribuir a factores determinados, ajenos a la voluntad de los cuarteles generales, la prolongación de la actual situación en Francia y Flandes, parece conveniente volver a examinar este punto, estudiando la pretendida influencia de las causas que se alegan para justificar una pasividad tan contraria a los métodos alemanes.

Se dice en primer lugar, y hay muchos que participen de esta opinión, que los alemanes han empeñado en Ipres, el Iser, y más al S., grandes contingentes en ataques a viva fuerza, y, como consecuencia, que han perdido mucha gente, debilitándose y teniendo que esperar la llegada de refuerzos para proseguir sus avances. Nada tan lejos de la verdad. He de insistir en que hace cerca de tres meses la acción en el teatro de la guerra del O. ha sido encomendada con preferencia a la artillería, de campaña y pesada, sin perjuicio de emplear pequeñas fracciones de infantería para coronar los éxitos parciales obtenidos por el fuego de los cañones. La lectura de las cartas de jefes, oficiales y soldados que ocupan gran espacio en la prensa extranjera no dejan la menor duda a este respecto. La conquista de una trinchera, la posesión de una aldea, el paso de un canal, etc., han sido preparadas por la artillería y ejecutadas por la infantería, pero sin que estos combates hayan revestido caracteres generales, ni siquiera obedezcan a órdenes del gran cuartel general; es natural, y para eso se ha preconizado tanto la iniciativa y el espíritu de ofensiva en todos los ejércitos, que cada vez que el comandante de un cuerpo de ejército, de división o de una simple brigada, ha creído fácil obtener una pequeña ventaja que pusiera en mejores condiciones su posición, se haya apresurado a conseguirla. Nada más ha ocurrido. No ha habido ningún movimiento combinado, ni se han enviado al ataque grandes masas, ni se han hecho concentraciones de tropas para obtener desde luego resultados decisivos. Para los alemanes, como he dicho en otra ocasión, no ha llegado el momento de activar las operaciones en Francia; cuando suene la hora, los combates se desarrollarán de muy diferente manera a como hasta aquí.

Se insiste también, para explicar la relativa calma de los últimos días, en la escasez de municiones. El argumento es tan débil que casi no vale la pena de tomarlo en consideración. Que los alemanes hacen un uso pródigo de su artillería es cosa sabida desde el primer día, y esto exige, no ya disponer de una cantidad fabulosa de municiones, cosa indudable, sino tener aseguradas las comunicaciones con la base, muy bien organizadas las líneas de etapas y funcionar a la perfección las columnas de mu-

niciones. Se comprendería que después del avance sobre París, por ejemplo, cuando el invasor se internó 200 kilómetros, estando cortados los caminos, saltados los puentes y destruidas las vías férreas, se notara alguna falta de municiones; sin embargo, nada de esto ocurrió. Pero no es admisible que tratándose de una posición ocupada hace dos meses, libremente elegida y en poder del invasor todo el terreno a retaguardia, comenzado a preparar para el avance final desde mediados de agosto, se carezca de municiones, y se observen deficiencias que no se notaron en las circunstancias más difíciles.

Sobre todo, con haber disminuído la intensidad del fuego algunos días antes se habría evitado la escasez de municiones; demasiado previsores son los beligerantes y bastante aleccionados han sido por las operaciones anteriores, para que hayan incurrido en el gravísimo pecado de derrochar sus proyectiles sin contar con otros de reemplazo, exponiéndose a quedar punto menos que inermes ante el adversario. Y finalmente, si en efecto fuera como se dice, es claro y evidente que los aliados no habrían vacilado en aprovechar la ocasión para tomar la ofensiva. Lo que ha ocurrido es, sencillamente, que las municiones se han empleado siempre, y por los dos ejércitos, con algún fin concreto y determinado; cuando éste ha faltado, o el tiempo ha empeorado, el cañoneo ha disminuído en intensidad. Recuérdese lo acontecido en la línea del Aisne y no hará falta más demostración.

A los aeroplanos se les ha concedido una importancia muy superior a la que merecen. Se dice, argumentando superficialmente, que es imposible la reunión de fuerzas en un punto para ejecutar un ataque a fondo sin que lo advierta el enemigo, porque los aeroplanos descubren con antelación los movimientos de fuerzas y avisan a su comandante en jefe, el cual puede efectuar una concentración de tropas en el punto amenazado y frustrar los planes del adversario. Ni los aeroplanos pueden volar en todo tiempo, ni ninguno de los dos partidos dispone de bastantes aviones para conocer exactamente lo que ocurre en las líneas enemigas y, principalmente, a retaguardia de ellas; los movimientos de tropas se efectúan en general durante la noche, cuando los servicios de los aeroplanos son bastante deficientes. Desde los centros belgas donde los alemanes tienen sus reservas, a los diferentes puntos del frente de batalla median distancias de 50 a 100 kilómetros, y aunque los aeroplanos pudieran darse cuenta instantáneamente de la salida de tropas de un lugar, serían incapaces de saber a dónde se dirigen ni en qué puntos hacen alto. Los aeroplanos prestan admirables y excelentes servicios de reconocimiento en las primeras líneas, en las directamente opuestas entre sí, pero su utilidad a muchos kilómetros de distancia es problemática. Desde luego, su concurso es utilísimo, pero no cabe fundamentar las grandes concentraciones de

tropas para la batalla, ni los planes estratégicos, en los datos suministrados por aquellos: un error, muy fácil de cometer por los observadores de los aviones, podría tener incalculables consecuencias. Mas, aunque uno de los dos ejércitos estuviese perfectamente enterado, día por día y hora por hora, de los movimientos del adversario, tampoco podría impedir que éste reuniera antes que él mismo sus masas en un punto dado; porque los efectivos de muchos millares de hombres no se mueven con la facilidad que suponen los que dan tanta importancia a los aeroplanos: exigen minuciosos preparativos, el acopio de elementos, la variación en el movimiento y en la explotación de los ferrocarriles y líneas de etapas, etc., y además, están íntimamente relacionados con la situación de las reservas y la de los lugares a donde deben dirigirse. De suerte que aquel de los dos bandos que se proponga concentrar cien mil hombres, por ejemplo, en un sector determinado, lo conseguirá siempre antes que el otro le pueda oponer otros tantos, y si la reunión se ha hecho hábilmente, o los primeros ataques han tenido éxito, los refuerzos del partido contrario sólo llegarán a tiempo de verse envueltos y arrastrados por la derrota.

De todo esto se infiere que no hay imposibilidad material ninguna que se oponga a que la guerra en Francia y Flandes entre en un período de actividad; quien se opone es el alto mando, que no considera propicia la ocasión; corroborando lo ya expuesto, he de afirmar una vez más que la relativa pasividad de los alemanes es plenamente voluntaria, y que más pronto o más tarde veremos cómo esas líneas de trincheras y defensas diversas son incapaces de detener a aquel de los dos ejércitos que se lance al ataque resuelto y a fondo.

II.—¿Por qué los aliados no asumen la ofensiva en Francia?

La prolongación de la guerra favorece a los aliados más que a los alemanes, en términos generales. Cabalmente esa prolongación era la táctica más recomendable al principio de la guerra y la única que parecía convenirles en los primeros meses. Poco a poco, las circunstancias han ido cambiando.

Contando con el factor ruso, al que se le dió una importancia exagerada, con tenerla muy grande, era evidente que si los aliados contenían a los alemanes hasta que los rusos alcanzaran una victoria definitiva y resonante, la guerra quedara resuelta. Era también claro que los aliados por sí mismos no tenían fuerzas suficientes para derrotar a su enemigo, y como éste no disponía de elementos inagotables y aquellos podían echar mano de contingentes británicos y africanos, en número considerable, a medida que fuese disminuyendo la potencia del ejército alemán, aumentaría la de sus adversarios. Hoy ya no puede decirse lo mismo.

El peligro ruso, para los alemanes, ha quedado reducido a sus verdaderos términos. Fuerzas inferiores alemanas han batido a los rusos en Prusia oriental y en Polonia; aunque tengan que replegarse ante el número, todavía creciente, de los moskovitas, antes que los rusos lleguen a invadir Alemania han de perder mucha más gente y exponerse de nuevo a los golpes de un adversario maniobrero y decidido.

Peró, al mismo tiempo, si el invierno quita importancia a las operaciones en el Cáucaso, en cuanto llegue la primavera, la acción de turcos y persas obligará a Rusia a enviar allá grandes masas; a poco que la escuadra turca maniobre con fortuna, las costas del mar Negro quedarán amenazadas, y por consiguiente Rusia ya no podrá concentrar en la frontera austro-alemana más tropas de las ahora existentes. Su material de artillería, tan mermado por las capturas de los alemanes, no cuenta con la facilidad de reemplazo de sus enemigos ni de los franceses e ingleses, y lo mismo ocurre con el armamento de la infantería. Y todavía hay otros peligros relacionados con la actividad de Austria en Serbia, ante los cuales no puede quedar descuidada Rusia. Por consiguiente, los aliados deben contar ahora, más que en agosto, con sus propias fuerzas.

En segundo lugar, la sublevación de Egipto, la guerra en el África del Sur, en la oriental y occidental, la intranquilidad en Marruecos y la India, ha cerrado la llegada de nuevos contingentes de las colonias; gran parte de los que estaban destinados a ser empleados en Francia, han tenido que dirigirse a África y Asia. Conociendo la lentitud con que se desarrollaron los movimientos de los musulmanes, pero su persistencia y tenacidad, es de suponer que a medida que transcurra el tiempo serán más necesarias las tropas fuera de Europa, es decir, que el general Joffre no puede contar con más elementos que los que tiene a mano.

Estos elementos comprenden la totalidad de los franceses, puesto que los territoriales y el reemplazo del año próximo han sido ya enviados a la guerra y están en la línea de fuego. Algunos centenares de miles de hombres, no muchos, podrá todavía enviar Inglaterra, si cuando estén instruidos no estima más necesaria su intervención en otra parte, pero ese nuevo ejército tropezará con el defecto de carecer de cuadros de oficiales en número suficiente y faltarle buenas clases. Insisto, sobre todo, en que las cosas pueden tomar un giro que hace problemática la ayuda de tales tropas de nueva formación.

Con todo, lo peor para los franceses ha sido las grandes pérdidas padecidas en el primer mes de la guerra. Sabido es que, salvo contadas excepciones, en toda batalla el vencido pierde mucha más gente que el vencedor. En los combates de Lorena y Alsacia y en las batallas de la frontera de Bélgica, Francia perdió la flor de su ejército, el de primera línea, el formado por hombres de 20 a 30 años y mejor encuadrados e instruidos. Las bajas definitivas son los muertos, heridos inutilizados y prisioneros; sólo en prisioneros, los franceses perdieron la cuarta parte de sus mejores tropas, y todas las bajas en el mes de agosto y primera quincena de septiembre, recayeron sobre las mismas tropas. De donde se deduce que el ejército francés ha quedado muy debilitado, y es realmente expuesto con tales tropas aventurarse a una ofensiva resuelta y perseverante que requiere, además de una moral muy vigorosa, una resistencia física extraordinaria. De aquí se ha de concluir que el general Joffre se mantiene a la defensiva porque no se considera con fuerzas suficientes para obrar de otra manera. Si más adelante se le incorpora el ejército inglés en formación, variarán los términos del problema.

Digamos, de pasada, que las pérdidas de los alemanes en muertos y heridos en el primer período de la campaña, también recayeron en su ejército de primera línea, pero, en cambio, dejaron en manos de su enemigo un número de prisioneros insignificante. Y como los ejércitos de las dos naciones han comprendido ahora a los exceptuados y gran número de los declarados inútiles, en realidad sus efectivos son función de la población total; la de Alemania se acerca al doble de la de Francia, y por lo tanto, en igual relación están sus respectivos ejércitos; hasta fin de septiembre, las bajas del ejército activo en la campaña de Rusia, acusaban una cifra muy baja.

III. — La campaña de Polonia

No se conocen aún los detalles de la campaña de Polonia, pero sí en líneas generales lo acontecido. A la retirada estratégica de los alemanes y austriacos antes de decidirse a forzar el paso del Vístula, entre Varsovia e Ivangorod (en Ivangorod, los austriacos obtuvieron un señalado éxito), siguió inmediatamente el avance de los rusos. Aunque a distancia el hecho parecía inverosímil, todos los datos están de acuerdo en hacer creer que los rusos se consideraron victoriosos y que tenían punto menos que abiertas las puertas de Silesia. Dividieron su ejército del centro en tres grupos: uno al S. del Vístula, con el centro en Kutno; otro más retrasado, cuya misión parecía ser la de apoyar a los laterales y cubrirles, en Radom; y el tercero, desde Kielce hacia Cracovia.

Las vanguardias de caballería del primer ejército, fueron derrotados en Kolo, y al advertir el general Hindenburg el orden de marcha de los rusos, dispuso que las tropas de Thorn y las apostadas en la frontera hasta Mlava, estuvieran dispuestas para tomar parte en una contra-ofensiva que planeaba; al mismo tiempo, llamó a parte de sus tropas del sector S., y avanzó por las dos orillas del Vístula, probablemente con el objeto de empujar al adversario al río y separar del centro al ejército enemigo de la izquierda.

El 16 de noviembre se resolvió la primera batalla, en las dos orillas del Vístula, denominada de Vroclaviez por haber tenido lugar en este punto el encuentro principal; los rusos fueron derrotados. Las tropas que había en la margen derecha o norte, se replegaron a toda prisa hacia el E., mientras que las de la otra orilla, abandonando el río, se inclinaron al S. E. para darse la mano con el ejército del centro. Los alemanes avanzaron de frente y se corrieron por los flancos, especialmente por el Vístula, y del 22 al 27 se riñó una nueva batalla, cuyo empuje principal fué llevado por las tropas alemanas que, desembocando de la región de Kalisz, trataban de separar a los dos ejércitos rusos de la izquierda y centro. La línea de batalla se prolongó desde Kutno a Szadec, obteniendo los alemanes una nueva victoria. En ambas jornadas, los rusos perdieron 60.000 prisioneros, 150 cañones y 200 ametralladoras. El general Hindenburg, coronel general, fué promovido a la más alta categoría militar, feld-mariscal (capitán general). Más que por el número de prisioneros y la conquista de material de guerra, el éxito de los alemanes se puede apreciar por la siguiente observación: desde Kutno, a donde llegaron las vanguardias rusas el 8 de noviembre, a las inmediaciones de Lovicz,

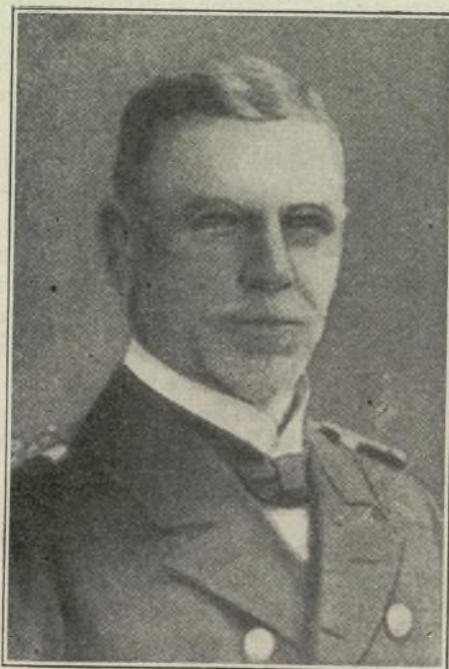
ocupadas por los alemanes el 27 del mismo mes, hay 120 kilómetros; y desde Vroclaviez al mismo sector de Lovicz, 80 kilómetros; de suerte, que los alemanes han avanzado en 20 días, 120 kilómetros, y en combate incesante, en diez días, 80 kilómetros; esto explica el gran número de prisioneros hecho a los rusos. Con todo, la victoria no ha sido decisiva, ni puede serlo en modo alguno.

Mientras la presión de los austriacos por el S. no se deje sentir con firmeza, y todos los indicios son que los austriacos seguirán algún tiempo a la defensiva, los rusos tendrán la facultad de reunir con más o menos trabajo y premiosamente fuerzas superiores a las mandadas por Hindenburg, y obligarán probablemente a éste a retirarse de nuevo y a maniobrar por segunda vez. Si en esta nueva etapa vuelven a ser derrotados en el campo de batalla, su capacidad combatiente, ya bastante mermada, sufrirá rudo golpe y acabará por quedar muy debilitada. Y como la campaña se desarrolla en pleno país ruso, sin que padezca nada Alemania, se comprende la importancia que tiene la acción enérgica que está llevando a cabo Hindenburg, encaminada a inutilizar al ejército ruso más fuerte y más temible. La campaña es de presumir que será larga todavía, pero hasta ahora se desenvuelve bajo malos auspicios para los rusos.

IV.—El combate naval en aguas de Chile

El Almirantazgo británico ha hecho público el parte oficial del capitán del crucero *Glasgow*, sobre el combate naval en aguas de Chile. El documento dice así:

«El *Glasgow* partió de Coronel a las nueve de la mañana del 1.º de noviembre, para reunirse con el *Good Hope* (barco insignia), el *Montmouth* y el *Otranto* (crucero auxiliar), en el punto señalado. A las dos de la tarde, el barco insignia dió a conocer que a juzgar por las llamadas de la radiotelegrafía se encontraba un barco enemigo en dirección al N. Se expidieron órdenes a la escuadra para que cambiara su



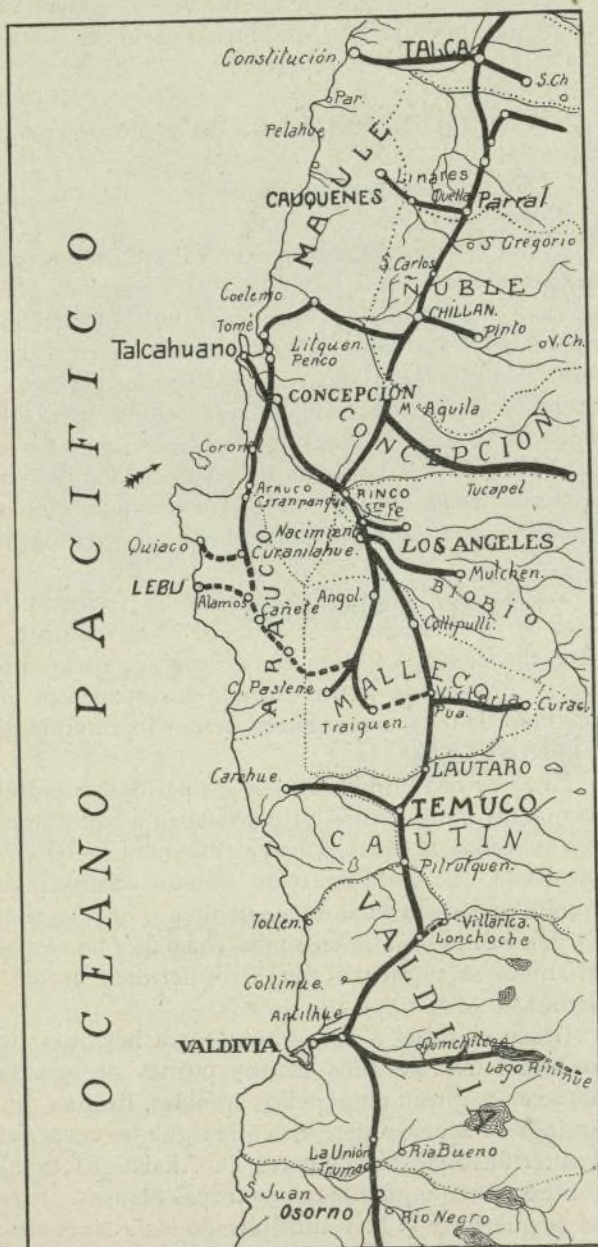
El almirante conde von Spee, jefe de la escuadra alemana en la batalla de las costas de Chile

rumbo N. E. por el E. en el siguiente orden: *Good Hope*, *Monmouth*, *Otranto* y *Glasgow* tomándose la velocidad de 15 millas; a las 4'20 de la tarde se vió humo en el horizonte; se descubrió la presencia del enemigo, un pequeño crucero y dos cruceros acorazados. El *Glasgow* avisó al almirante que se veían barcos enemigos y se concentraban sobre el buque almirante. A las cinco de la tarde el *Good Hope* fué visto.

»A las 5'47 la escuadra, en línea de fila, marchaba en el siguiente orden: *Good Hope*, *Monmouth*, *Glasgow* y *Otranto*. El enemigo se había movido al

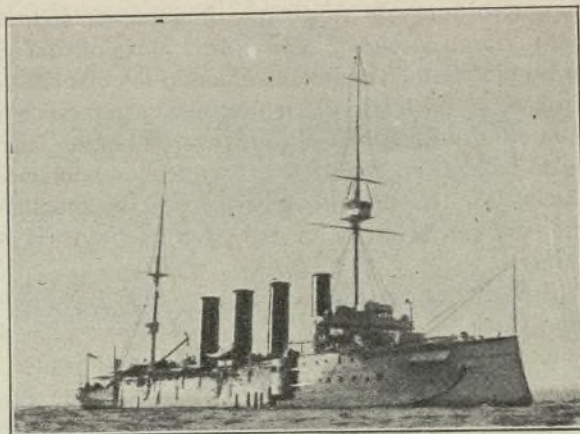
la penumbra y la falta de luz hacía muy difícil la vista de los barcos enemigos.

»A las 7'30 el enemigo abrió el fuego a la distancia de 12,000 metros, contestándole rápidamente y



S. y avanzaba en una sola línea de fila a 12 millas de distancia, yendo en cabeza el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*. A las 6'18 se ordenó aumentar la velocidad a 17 millas, y el barco insignia señaló al *Canopus*: «Me dispongo a atacar al enemigo». El enemigo distaba 15 kilómetros y mantenía esta separación, a la vez que perturbaba los despachos radiotelegráficos.

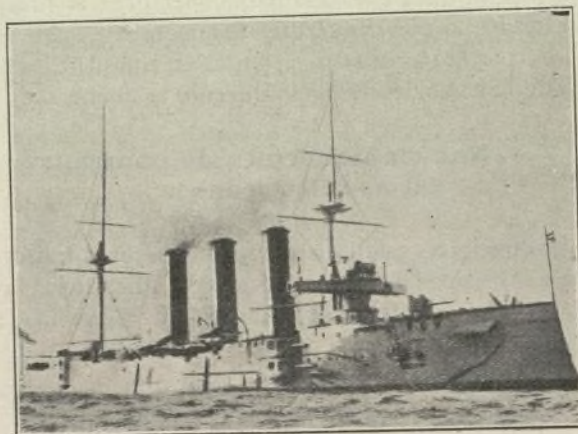
»El sol se estaba poniendo inmediatamente detrás de nosotros, de modo que mientras estuvo sobre el horizonte teníamos la ventaja de la luz, pero la distancia era demasiado grande. A las 6,55 el sol se había ya puesto y alteráronse las condiciones visuales, porque la silueta de nuestros barcos destacaba sobre



El crucero acorazado británico *Good Hope*, echado a pique en la batalla naval de la costa de Chile

por este orden el *Good Hope*, el *Monmouth* y el *Glasgow*. Las dos escuadras marchaban la una en dirección de la otra y cada barco trataba de batir al que tenía en frente de la opuesta línea. La obscuridad que iba en aumento y el fuerte oleaje, dificultaban el tiro, particularmente el de los cañones de cubierta del *Good Hope* y el *Monmouth*. El enemigo encontró rápidamente la distancia exacta de tiro, y su tercera andanada provocó incendios en la parte de proa de ambos barcos, que se mantuvieron constantemente en fuego hasta las 7'45. A las 7'50 una inmensa explosión tuvo lugar en el centro del *Good Hope*, alcanzando las llamas una altura de más de 130 metros. Debe haber seguido una total destrucción del barco a esa explosión. Era enteramente de noche.

»Ambas escuadras continuaron disparando a los fogonazos de los barcos adversarios. El *Monmouth* quedó gravemente averiado en la proa y puso rumbo al mar, señalando al *Glasgow* que le siguiera. A las 8'30 el *Glasgow* señaló al *Monmouth*: «El enemigo nos sigue», pero no recibió respuesta. Al aparecer la luna, se vió que los barcos enemigos se nos acerca-



El crucero acorazado británico *Monmouth*, echado a pique en la batalla naval de la costa de Chile

ban, y como el *Glasgow* no podía prestar auxilio al *Monmouth*, marchó a toda velocidad para evitar su destrucción. A las 8'50 perdió de vista al enemigo.

A las 9'20 observó 15 fogonazos, que sin duda eran el ataque final al *Monmouth*.

»Nada más admirable que la conducta de los oficiales y marinería durante el combate. Aunque no teníamos probabilidades de devolver adecuadamente el gran volumen de fuego que recibíamos, todos se mantuvieron serenos y la disciplina fué la misma que en un ejercicio de combate. Cuando los blancos dejaron de ser visibles, los artilleros cesaron espontáneamente su fuego. El serio revés que hemos sufrido no ha abatido el ánimo de los oficiales y dotación, y todos nosotros unánimemente deseamos medirnos otra vez con el enemigo, tan pronto como sea posible».

Suscribe este parte el capitán del *Glasgow*, Mister Jhon Luce.

Confrontando esta relación con las noticias llegadas de otras fuentes, se deduce que el combate tuvo lugar no lejos de Coronel, y que los alemanes estaban advertidos de la presencia de los barcos británicos, cuyo almirante no tuvo la precaución de ordenar la inmediata y oportuna incorporación del acorazado *Canopus*. Que este acorazado británico no se encontraba lejos del teatro de la acción, bastante claro lo da a entender el capitán Luce, pero hasta ahora no se ha aclarado el misterio que envuelve la conducta de dicho acorazado. El Ministro de Marina, a pesar de haber sido interpelado en el Parlamento, no creyó oportuno declarar la situación ni el motivo de que el *Canopus* no interviniera en el combate; es significativa la respuesta de Mr. Churchill en la Cámara de los Comunes, el 16 de noviembre: «Tenemos todos los motivos para creer que está en salvo (el *Canopus*).» Tampoco ha vuelto a decirse nada del crucero auxiliar *Otranto*. De todos modos, es evidente que los barcos alemanes que atacaron a los tres de guerra británicos eran en igual número, y que la puntería de los alemanes fué superior a la de sus enemigos, así como que la maniobra y habilidad del almirante herr von Spee, fueron las causas determinantes de la derrota del almirante sir Christofer, que pereció gloriosamente a bordo del *Good Hope*. En cuanto a la táctica empleada por el almirante alemán, recuerda la de Togo en Tsushima: ponerse en las mejores condiciones de luz, y maniobrar sobre la cabeza de la línea enemiga para concentrar el fuego sobre el barco de vanguardia. Este combate debe señalarse por la circunstancia, única en nuestros tiempos, de haberse desarrollado durante la noche.

V. — Nuevos uniformes de campaña del ejército francés

Los franceses están distribuyendo nuevos uniformes a sus tropas de campaña, comprendiendo los inconvenientes que tenía la visibilidad a distancia de

los colores azul y rosa. Se han repartido ya uniformes de campaña al contingente de 1914 y a una parte del resto del ejército, a medida que ha sido necesario reequiparlo. El color es gris ligeramente azulado, y el capote lleva trencillas rojas y blancas; el cubrecabezas va provisto de cogotera y orejeras para proteger las orejas y el cuello contra el frío. El capote, el cubrecabezas y los pantalones, son del mismo color. El nuevo uniforme francés no es visible a larga distancia y tampoco puede confundirse con el uniforme de campaña del ejército alemán, circunstancia que no podía menos de ser tenida en cuenta en una guerra en la que menudean los combates nocturnos y las luchas a corta distancia.

VI. — La situación el 3 de diciembre

Nada interesante ha ocurrido en el teatro de operaciones del O.

En el E., una tentativa envolvente iniciada por los rusos contra una parte del ejército alemán al S. de Lodz, ha fracasado, sufriendo aquéllos bajas considerables, sobre todo en prisioneros (más de 15,000 hombres) y material de artillería. Fuertes masas que operaban en la dirección de Czentochova, han sido llamadas hacia el N. Las operaciones en Galizia y en la falda de los Cárpatos han sido poco activas, por estar muy relacionadas con la campaña en Polonia. En la Prusia oriental no ha tenido lugar ningún combate.

En Serbia, el avance austriaco ha rebasado la línea del río Kolugara y se extiende hasta los alrededores de Casac. A última hora llega la noticia, que parece exacta, de haber entrado los austriacos en Belgrado; la corte serbia estaba desde el principio de la guerra en Nisch.

El 25 de noviembre, decían los periódicos ingleses que las vanguardias turcas estaban a 40 kilómetros del canal de Suez. Posteriormente no se ha comunicado que haya ocurrido ningún combate en aquella región, lo cual da a entender o que los turcos han hecho un alto en su marcha o que las tropas británicas se repliegan por ser inferiores en número.

Desde el canal a la frontera turca hay más de 200 kilómetros, pero los escasos puntos de aguada que se encuentran en aquellos arenales, limitan los caminos de acceso a dos; uno que sigue las costa del Mediterráneo y otro que parte de Akaba. El canal está fuertemente guardado por tropas blancas y barcos de guerra, y se han multiplicado los atrinchamientos de campaña en las dos orillas.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

3 de diciembre de 1914.